

El Gran Robo

Cuando sea grande quiero ser marinero y recorrer el mar en uno de esos barcos grandotes, que se ven en el cuadro que tenía la maestra colgado de una pared en la clase. Siempre me había gustado ese cuadro, siempre me han gustado los barcos.

—Qué lindos son los barcos en que viaja la gente rica, como el que vi hoy en la televisión que tenían en un gran almacén de la Avenida Central. Casi, casi no me dejan asomarme: ¡Había tanta gente viendo!

Cuando sea grande voy a ser marinero, y voy a ganar mucha plata para comprarle a mi mamá una televisión como esa. A mi papá no. El no sabe más que tirar la plata que gana en parrandas. —Cómo odio sus curtiditas manazas de carretonero que sólo saben darme pescozones y me dejan las nalgas como los tomates maduros que mamá compra a veces en la pulpería de Quincho. Mañana no voy a la escuela. No voy a ir a la escuela. Me quedaré aquí en la casa, o me iré al montazal a la par del río, y me pasaré todo el día viendo el cuadro con el barco, y soñaré... soñaré que cuando crezca seré un marinero alto y robusto, y recorreré los siete mares del mundo, porque he leído en un libro de aventuras que el pirata Barbanegra recorría los siete mares en su buque de vela...

¡Qué alta se ve la luna a estas horas! Redonda. Redonda, como la cara blanca y pecosa de mamá, el matón de la clase. Ese sí que es un ricachón...

El otro día me agarré con él por que me dijo muerto de hambre, y la niña me castigó y me mandó al último pupitre. ¡Cómo le quedó el ojo a José...! Parecía que se le iba a salir de puro hinchado. Ah...! Pero yo no me dejo decir muerto de hambre. Todo menos eso. Por eso voy a ser muy rico cuando sea grande, y voy a ser marinero, y me haré una casa grande, grandota como la de José, y la llenaré de cuadros con barcos, y le pondré un piso de madera, y un techo de esos que relucen de puro blancos.

Mamá dice que somos pobres, y que los pobres nunca se cambian a ricos. Mamá reza todas las noches, como yo, y le pide a Dios que papá venga temprano y le traiga plata para darnos de comer. ¡Pobre mamá...! Su cara está llena de arruguitas finitas, finitas, como telitas de araña, y su pelo negro tiene más manchas grises que el fogón donde quedan las cenizas de la leña con que se cocina...

¡Qué redonda está la luna a estas horas...! Nunca había estado despierto hasta tan tarde. Si pudiera sacar el cuadro de debajo del colchón y verlo un ratito, sólo un ratito, a la luz de la luna que se cuela por la cortina rota de la ventana... Pero, ¿y si entra papá y me lo ve, y me pregunta que de dónde lo cogí? No; mejor me aguantó las ganas, y mañana iré al río, entre los montazales de zacate, matas de plátanos y sauces llorones que tocan la orilla; y ahí me quedará toda,

la mañana, y mamá creará que estoy en la escuela... Pero... y si me ve alguien y me acusa a la maestra que me vio mirando un cuadro con un barco, y si la niña viene a mi casa, y veo a mi mamá llorando como a veces lo hace, y sus lágrimas corren por sus arrugas como el agua del río Torres cuando se sale con las lluvias del invierno, y corre por las grietas y quiere llegar a tocar el piso de nuestra cocina, y... A mamá no la quiero ver llorar. No, no la quiero ver llorar. Sus manos están llenitas de callos de tanto lavar ropa ajena. Sus mejillas están llenitas de arrugas de tanto planchar de noche con la plancha de carbón. Sus ojos están ya vidriosos de tanto oler el humo de la leña. Ella nunca me pega. No. A mamá no la quiero ver llorar.

¡Qué lindo es el cuadro de la escuela, con el marco de madera lleno de grabados: el mar azul plateado como la luna alta que se ve esta noche, y el barco navegando por las olas encrespadas, con espuma blanca como las pompas de jabón con que mamá lava la ropa...! ¡Voy a ir a la escuela mañana...! ¡Qué diantres...! Voy a ir a la escuela y voy a devolverle el cuadro a la maestra. Y... ¿si me echan?... Bueno, si me botan de la escuela me pongo a vender periódicos, y entonces voy a ganar plata, y así le compro a mi mamá la televisión tan linda que vi ayer en el almacén de la Avenida Central...



He encontrado en Rosita Kalina de Piszak las cualidades esenciales del artista en formación; un espíritu de búsqueda intenso y dominio de idioma y situaciones.

El saberse poseedora de un mensaje la hace plantear, con sencillez y honestidad, una serie de inquietudes sociales y humanas, en un estilo deliberadamente claro y simple.

En "Honor al Mérito" Rosita no trata de darnos didáctica sino que con profundo amor, y quizá con un poco de resentimiento, se incorpora de hecho y de corazón a la cultura y tradición costarricense.

Hay ingenuidad e inocencia en los discernimientos del niño del "El Gran Robo" y con estos mismos materiales construye la

trama de "La Coincidencia". En "El Despertar" el más maduro y logrado de estos cuentos, la técnica es sólo superada por la fuerza de la situación y constituye un aporte interesantísimo a la literatura de días pora, por el tema tratado y la manera en que se desarrolla la trama.

Creo que Rosita es toda una Promesa dentro de la nueva literatura de Costa Rica y su incorporación, llena de entusiasmo y honestidad, a la generación a la que pertenezco, la harán proseguir en su labor cultural desde el periódico Baderej, órgano cultural de la comunidad Israelita en nuestro país, del cual es subdirectora así como lo hará plantearse nuevas búsquedas, dentro de ese camino arduo y sin pretensiones que debe seguir el verdadero artista.

Alfonso Chase

(LA CONCIENCIA en Pág. 29)

El despertar

Cuando abrió los ojos no sabía dónde estaba. Era una cama con sábanas blancas, rodeada de luces brillantes y aparatos extraños, de los cuales colgaban frascos rojos y blancos. Caras desconocidas, una expectativa que él no comprendía, y miradas de curiosidad, casi anhelantes. De los frascos salían tubos fuertemente unidos a su cuerpo, tubos que tenían vida a pesar de su indiferente inmovilidad, arterias sin alma que llevaban el zumo vivificante de la existencia a sus pobres venas sedientas. Le parecía estar flotando en el infinito y su cuerpo, ligero y etéreo, no sentía ningún dolor.

Las palabras de las caras sin nombre le llegaban lejanas y sin sentido: —¿Cómo se siente? ... su operación salió bien... pronto se repondrá... Escuchó el eco de las palabras, y le pareció hundirse en el infinito de los recuerdos, al igual que horas atrás cuando sintió la sensación de ser de goma, de goma... y su cuerpo y su cerebro, vacíos de todo peso, flotaban en el limbo de la nada, unidos a la vida por ese débil hilo que la ciencia humana pretende mantener intacto a toda costa. Pero ahora los recuerdos afluyen con más claridad a su mente. Trató de ordenar las confusas manchas multicolores que luchaban por superponerse unas a otras, manchas azules, verdes, amarillas... Poco a poco fueron surgiendo imágenes más claras más nítidas, figuras nacidas de su subconsciente deshecho por los sufrimientos.

Un campo de concentración. Gris en el cielo plomizo de otoño, gris metálico en las alambradas de púas, eternamente vigiladas por los sicarios del régimen infame, gris en las almas sin esperanza de los esclavos que día tras día se acercaban más y más a una muerte sin honores, sin gloria, casi sin alma inmortal que ofrendar al más allá.

El no tenía miedo de morir. Los sicarios le habían asignado el papel de sepulturero, y diariamente arrastraba la carretilla de los cadáveres, víctimas del gas, a los hornos crematorios. Se acostumbró a estar en contacto con la muerte, y le parecía una

fase más de la vida; esos cadáveres tan quietos, tan tranquilos, eran muestra palpable de que después de traspasar el umbral todo era mejor, o por lo menos, mejor al infierno en que había vivido durante los últimos años de su existencia.

La estrella amarilla de David, pegada en su brazo y en su alma; el número infamante que le marcaron con saña indeleble en su cuerpo, su realidad íntima de saberse maldito y condenado para siempre en vida, hicieron nacer en su corazón un odio sordo y callado hacia los verdugos que a fuerza de tormentos querían arrancar de su alma los últimos vestigios de humanidad y decencia. Su odio crecía día a día viendo a sus compañeros flacos y demacrados como él, arrastrar las pilas de objetos inanimados, antes hombres y mujeres con espíritu y alma viviente. Su odio aumentaba noche a noche en el destarado lado camastro que compartía con cuatro esqueletos iguales a él, y poco a poco el odio se fue convirtiendo en la razón suprema de su existencia.

Cuando le contaron que su hermano Joshua había sido enterado vivo con otro grupo de guerrilleros, y la tierra cubriendo los cuerpos había palpitado inútilmente bajo la fuerza de los tractores que la aplastaban y maceraban para endurecerla, su odio aumentó y fue entonces la razón máxima de su vida. Odió para seguir viviendo, y vivió para poder odiar más...

Comenzó a toser. Era una tos convulsa que le destrozaba las entrañas y le hacía vomitar una sangre negra y viscosa. El humo de las chimeneas de incineración salía día y noche con una fuerza igual a su desaliento. Se sentía mal. Comenzó a pensar en el destino de las cenizas, y le pareció que la vida era un círculo sin límites, donde nada de lo creado se perdía en el infinito de la desesperanza. La tierra, madre fecunda y eterna les daba albergue, haciendo nacer la vida en diferentes formas bajo su cobijo. El humo, mezclado con el aire vivificante del éter infinito, transformado en elemento capaz de engendrar vida, caería como lluvia de esperanza sobre la tierra ávida de fecundidad. ¡Oh paradojas de lo incomprendible, los mismos verdugos albergarían en su cuerpo los á-

tomos malditos y despreciados de quienes ellos condenaban por impuros, y esa impureza formaría parte integral de ellos mismos... Le dio risa su razonamiento. Los esbirros se habían contaminado de la sangre de sus víctimas...! Su purísima sangre contenía partículas de la estrella de David, moléculas y átomos que los mezclaba para el resto de la eternidad...!

Todo se fue sucediendo tan rápidamente después... Casi no recordaba el final, excepto cuando vio las alambradas rotas, las chimeneas estáticas, y no pudo comprender de repente, que estaba en libertad. Sus pies convertidos en autómatas lo llevaron más de una vez a los hornos y a las carretillas ahora vacías de cadáveres, y no comprendía que su tarea había terminado, sólo su alma viviría unida hasta el fin de sus días con el odio nacido de aquel infierno de incompreensión y desamor.

Tosió fuertemente, vomitó un coágulo de sangre negro como su estado de ánimo, y se desvaneció sobre las cenizas aún calientes, esparcidas con precipitación sobre la tierra, casi con un sentimiento de culpa, por los que ahora huían derrotados, gritando al mundo con estentórea voz: —No somos culpables, no somos culpables, no somos culpables...!

Las imágenes se iban desvaneciendo. Con un suspiro que recogió en un punto sus nuevas sensaciones y que llevó a su conciencia el sentimiento de algo desconocido hacía mucho tiempo para él, fijó sus ojos en las caras anhelantes que, por encima de su cama, lo observaban con una mirada distinta, con un algo que hacía mucho, mucho tiempo había olvidado. Alguien se preocupaba por él...!

Esas pupilas fijas en las suyas tenían un matiz especial, diría que era, sí, eso es, era ternura.

Respiró hondo. —Gracias, me siento mejor, gracias. Tuvo la plena sensación de estar vivo. Y vivir podría aún ser muy bello. Sintió una cálida oleada de esperanza y con la certeza de recomendar su maltratada vida, se hundió suavemente en la inconsciencia del sueño.

ROSITA KALINA DE PISZAK

Honor al Mérito

¡Qué alta y airosa es...! Er guía, estática... La veo tranquila en su pedestal y está rodeada de una corona de luz. Mañana la tomaré en mis manos, con amor, con delicadeza, y su peso será como una pluma al verla ondear alegremente. Al contacto del viento juguetea que la despliega y la hace bailar de alegría, sus colores lucirán con brillantez nunca vista, y yo seré su portadora. Me siento orgullosa. Sí, muy duro he trabajado para alcanzarla. Muchas noches y sus días de duro bregar con los libros y la pluma, cuántas inquietudes ante un examen difícil; nerviosismo, tensión, duda, alivio del éxito momentáneo, vuelta a la lucha. Pero lo he logrado; he logrado el primer promedio. Y ella está ahí, inmóvil, lista a caer en mis brazos.

Blanco... rojo... azul... Triplé gama de colores de cielo, de sangre, de pureza. Su manto cubre tíbilmente un puñado de seres bajo un común denominador. Es para mí seguridad de vida; promesa de paz, tranquilidad futura. En este momento vivo para ella, es mi aspiración, y la veo tan alta, tan airosa... y sólo el sueño con sus colores, porque es mi premio, mi anhelado premio a esfuerzo.

Mañana será el desfile. ¡Cómo me cosquillean los dedos...! y siento una ternura y al mismo tiempo un nudo que me sube del estómago a la garganta. Como el atleta que corre anhelosamente para alcanzar la meta final, así he corrido yo para alcanzarla, y mis dedos en torno a su dorada asta se tornarán caricia im palpable que la enervará y la llevará a lo alto, a lo alto, a las nubes. Al cielo...

Mañana... ¡Qué largas se tornan las horas...! ¡Quisiera que hoy fuera mañana, y mañana fuera interminable, y el sol detuviera su áureo carro alado y los minutos no corrieran. ¡Definitivo, sí...! Quiero marchar con mi bandera y sentiría mía, verla ondear flameante sobre las cabezas de los miles de seres humanos que la ven pasar con respeto, con devoción, sentir la felicidad de ser merecedor de su paz, de su blancura, de su cielo...

¡Formen filas...! ¡Firmes...! ¡Descansen...! ¡Tambores clarines, en formación...! ¡Abanderadas, un paso al frente...! ¡Rocío, tome la bandera...!

Silencio... silencio dentro de mí. ¿Rocío?... ¿Por qué ella? ... Yo tengo el primer promedio a mi me corresponde llevarla... Profesora, yo debo portar la bandera; usted lo dijo, lo anunció la pasada semana... ¿Por qué... por qué...?

El nudo se ha deshecho. Decepción. Más, más que eso, mucho más: dolor; un dolor que oprime el corazón y pugna por salir a borbollones; un grito sordo que se revienta en las entrañas y las rompe como cuchillo de carpintero y no sale, y no sale, y se apaga...

Atravieso las compactas filas de alumnas. ¿Adónde voy?... No sé. A mi hogar, o al fin del mundo... ¿Una mala nota en comportamiento...? No importa, es mía y me la han arrebatado, es mi sueño y me lo han robado...

Judía... El escupitajo no puede ser más claro. Judía... me gritan las paredes. Judía... corean las mudas voces de las compañeras de los profesores, del colegio entero. Sólo tú, bandera de mi Patria, sabes lo que siento; sólo tú, ser sin voz ni oídos, sabes que mis manos son blancas y sin mancha, que seguirás siendo mi anhelo.

Los tambores repican, los clarines lanzan al aire sus alegres notas marciales, las alumnas marchan con el frente al sol, serenas, en formación geométrica. Las banderas flamean al viento sus vivos colores cortando la atmósfera azul de un día feliz.

Desde la acera de mi casa miro. Ya no hay dolor, ya no hay odio. La profesora de gimnasia marcha al unísono con las alumnas dando órdenes. Uno, dos, tres, cuatro... ¡Marchen, silencio... uno, dos tres cuatro...! Sus ojos se encuentran con los míos; los desvía.

Un día más ha terminado. Una noche nueva comienza. El año entrante llevaré la bandera...?